

euencia, porque no se aplicaron á verificarlos. Otros pudieron estar mas informados, y quizá tambien mas conmovidos; pero esta impresion pasajera pudo borrarse por la mala disposicion de sus corazones. Creyeron miéntras vieron, y desde que dejaron de ver, no volvieron á pensar.

Los fariseos y doctores de la ley fueron los mas ciegos, porque eran los mas apasionados. Forzados á confesar los milagros porque los veian, los atribuyeron al demonio. Muchos de los que siguieron á Jesus miéntras vivia, no pudieron despues soportar el escándalo de la cruz. Esta ignorancia era tan contraria á las ideas y á las esperanzas de la multitud, que debió borrar ó esconder á sus ojos la memoria de sus primeras obras. Añadamos que los milagros no producen mas que espanto, sorpresa, y un efecto exterior y pasajero, cuando la gracia no llega á ablandar los corazones, cuando no vence su resistencia y la secreta aversion que tienen é toda verdad que mortifica los sentidos.

En fin, despues que Jesucristo habia dado tantas pruebas de su divinidad, dió la mayor con su Resurreccion gloriosa, con la que se debieron borrar todas las impresiones que dejaron las aparentes bajezas de su muerte. Ya hemos visto que este grande suceso es la basa y fundamento de la religion cristiana; que él solo basta para demostrar lo que la precede y la sigue; que por esto

Dios se ha dignado de darle tan alto grado de claridad y certidumbre, y que ninguno de los otros hechos que pasan entre los hombres por indubitables, ha sido tan probado ni puede parecer tan seguro.

Que ninguno ha sido referido por tantos autores coetáneos, todos testigos oculares, dignos de fe, y dispuestos á firmar con su sangre lo que habian escrito. Que el mayor número sufrió la muerte por sostener su testimonio: que ningun otro hecho ha podido dar ménos lugar al engaño ó á la ilusion: que ninguno necesitaba de tanto valor ni obligaba á tantos sacrificios para ser atestiguado: que ninguno ha podido estar tan conexo y dependiente de otros hechos indubitables: que ninguno ha sido tan creído por tantos pueblos y por tantos siglos: que ninguno ha mudado tanto el aspecto del mundo; y en fin, que no hay otro en que sea tan visible, que solo las dudas interesadas y temerarias, solo las suposiciones arbitrarias y absurdas pueden atreverse á combatir su verdad.

Se ha echado en cara á los apóstoles y discípulos una credulidad ligera; pero su misma relacion los justifica. Ellos mismos confiesan que ya no esperaban la Resurreccion de su Maestro; que las ignominias de la cruz les habian borrado de la memoria sus predicciones, destruyendo las pocas esperanzas que tenian. Tan desconfiados esta-

ban, que no quisieron creer las primeras noticias; y cuando el mismo Jesucristo se apareció en medio de ellos, se figuraron ver un fantasma. Fué preciso que les dijera (1): „Ved mis piés y mis „manos. Yo soy, tocadme, y considerad que un „espíritu no tiene carne ni huesos.” Le veían, le tocaban, y apénas lo podían creer: en fin, para quitarles toda duda les pide algun manjar, comió delante de ellos y con ellos. Despues les recuerda lo que les habia dicho en vida. „Era menester, les dice, que lo que está escrito de mí en la ley de Moises, en los profetas y en los salmos, se cumpliera.”

¿Qué pruebas mas positivas y mayores podia darles Jesucristo de su vida y presencia? ¿Quién podia imaginar que despues de su gloriosa Resurreccion conservase las cicatrices de sus llagas, y que descendiera á experiencias que no parecen dignas de su inmortalidad y de su gloria? Pero todo esto era menester para que los apóstoles se asegurasen. Apénas se rindieron á tantas pruebas; tal era su desconfianza.

Jesucristo no se contentó con darles estas pruebas ó demostraciones exteriores, tambien los iluminó interiormente: les comunicó la inteligencia de las Escrituras; les dió el encargo de predicar á todos los pueblos la penitencia y la remision de

(1) Luc. xxiv. 39.

los pecados; les prometió una fuerza sobrenatural para sostener el peso de tan elevado y difícil ministerio; les ordenó que fuesen á Galilea, y les nombró la montaña en que queria le viesen con todo su esplendor. Así estas apariciones no eran súbitas, no eran representaciones de imágenes, no eran mudas. Jesucristo les habla, les recuerda lo pasado, les da nuevas órdenes para lo porvenir; en fin, habla con ellos como cuando estaba vivo.

Y pues los discípulos en número de mas de quinientos fueron á Galilea en obediencia de sus órdenes, y volvieron de allí contando lo que habia pasado, y mas persuadidos que ántes de la Resurreccion de Jesucristo, ¿cómo es posible dudar que sus apariciones fueron ciertas, que sus órdenes fueron positivas, y que su Resurreccion es incontestable? Si en un hecho en que los mas estúpidos no son capaces de ilusion, pueden bastar las simples sospechas ó las dudas voluntarias para recusar la deposicion de quinientos testigos, y acusarlos á todos de la misma alucinacion, ¿dónde se hallaria la certidumbre histórica? Seria menester abrir las puertas al mas insensato pirronismo.

¡Ay, señor! cuanto mas se examinan los historiadores sagrados, tanto mas seguros parecen los hechos que refieren, y el de la Resurreccion se hace mas indubitabile. San Lúcas en sus actos

lo compendia en poco: solo dice que Jesucristo se apareció con frecuencia á sus apóstoles despues de su muerte, y que les hizo ver con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias, y hablándoles del reino de Dios.

¡Cuántas cosas estan encerradas en estas cortas palabras! Las apariciones son muchas, diferentes y continuadas por cuarenta dias. No son, como hemos dicho, rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos, de instrucciones relativas á la Iglesia de que los apóstoles eran pontífices, á los sacramentos de que eran ministros, á las verdades eternas de que debian ser los primeros predicadores, y en fin, á la gerarquía y disciplina del nuevo reino que Jesucristo iba á fundar sobre la tierra.

De modo que aquí no hay solamente unas manos que tocan la carne, unos oidos que oyen la voz, unos ojos que ven y se aseguran de la presencia del cuerpo resucitado; hay reunida con todo esto una asombrosa interpretacion de las profecías mas sublimes, una luz que ilumina las Escrituras mas obscuras, una manifestacion completa del plan general de la Iglesia: de esta Iglesia que debia empezar en Jerusalem, recibir despues en su seno todas las naciones, y á pesar de las persecuciones y heregías mantenerse firme hasta el fin de los siglos. Ahora, pues, si los

apóstoles no han creído la Resurreccion sino despues de tantas pruebas y prodigios, ¿quién se atreverá á llamarlos crédulos? ¿Pero cómo se podrán llamar aquellos que despues de tantas y tan convincentes pruebas se obstinan en no creerla?

¿Cómo podremos llamar á otros que piensan que los apóstoles mismos no la creyeron? Que nos digan ¿cómo ó por qué se empeñaron en persuadirlo al mundo? ¿Les parece verosímil que todos y con ellos los demas discipulos se atreviesen á fraguar una mentira tan peligrosa como delinciente? ¿Que ninguno de ellos se opusiese? ¿Que ninguno previese las terribles consecuencias? ¿Que el temor de Dios ó de los hombres no atajase á ninguno? ¿Que ninguno sintiese la locura de aventurarlo todo por nada? ¿Que á nadie detuviese la manifiesta imposibilidad del logro? ¿Que ninguno se separase de esta inicua sociedad de malvados, que aspiraban á inventar una religion, fundándola sobre la impostura y el perjurio; y que en fin, ninguno se haya desmentido jamas estimulado por la conciencia y el temor?

¿Pero quiénes son estos hombres á quienes se atribuye esta ciega y tenaz perfidia? Los discipulos de un Maestro que les habia enseñado á imitar el candor y la sinceridad de los niños; que les habia recomendado ser siempre verdaderos, y merecer esta reputacion para no tener necesidad de usar de juramentos; de un Maestro, en fin, que

les habia advertido que darian cuenta á Dios hasta de una palabra ociosa.

Estos mismos hombres sufrieron las pruebas mas rudas. La persecucion les duró hasta la muerte, y los mas de ellos la padecieron cruel y violenta. Con todo, admiramos su valor, y nos parece que sufrían constantes sus tribulaciones, porque las sufrían por la justicia, y los sostenía el consuelo interior del Espíritu divino. Pero si la Resurreccion no es verdadera, estos hombres no son mas que falsarios, dignos de eternos castigos por sus imposturas, y en este caso yo pido que se me expliquen los motivos de su constancia.

¡Qué! estos hombres saben que Jesucristo ha muerto, que no ha resucitado, que es un muerto como todos los otros, que por consiguiente no puede librarlos de sus perseguidores, ni recompensarlos de sus sacrificios, que ya no pueden esperar nada de él, y no obstante se atreven á forjar y sostener que ha resucitado. Los condenan á los tormentos y á la muerte, únicamente á causa de esta impostura. Su conciencia léjos de poder consolarlos, debe devorarlos con remordimientos. Sufren dolores atroces. Se pueden libertar con una sola palabra, y prefieren espirar en las agonías mas dolorosas por no pronunciar esta palabra, que daría gloria á la verdad, y les daría una vida tranquila y sosegada. ¡Quién puede imaginar una hipótesis tan monstruosa, y que

tanto repugna á la naturaleza y á la razon?

Pero no es esto solo: porque mientras los hombres atormentan su cuerpo, la idea de Dios debe aterrar su espíritu. Con todo, vemos que en medio de los tormentos que padecen, están dando gracias al mismo Dios que irritan, á ese Dios de quien no pueden esperar mas que los castigos con que amenaza á los impostores y perjuros. Pero ellos imploran su socorro, tienen sin cesar en sus labios el nombre de Jesucristo, le invocan como testigo de sus penas, le ofrecen su martirio, y confían en que coroné sus trabajos; y todo esto no sería mas que una apariencia de virtud, una máscara para cubrir su hipocresía, un velo con que ocultar su loca obstinación, mayor que todo el rigor de los suplicios.

Si para ser incrédulo es menester devorar absurdos tan enormes, me parece muy vergonzoso serlo. Por lo ménos yo lo estoy de consumir el tiempo en excusar de mentira y fraude á hombres cuya virtud no solo asombró, sino que convirtió al universo. Porque desde que el Espíritu Santo los llenó de sus dones, no les quedó de humano mas que lo que era necesario para el ejercicio de su zelo. Se expusieron á todos los ultrajes, no los detuvieron los peligros, y superaron todos los obstáculos para retirar á los hombres del abismo de los errores y vicios en que se veían sumergidos. Su humildad no tuvo término, su dizi-

ra fué inalterable, su paciencia invencible y su valor intrépido. Léjos de que en nada disimulasen, pronunciaron las maldiciones mas terribles contra los corazones falsos, les cerraron para siempre las puertas de la Jerusalem celeste, y los amenazaron con el fuego eterno.

Ya hemos visto, señor, que Jesucristo resucitado pasó cuarenta dias en consolar á sus discípulos, en instruirlos, en confirmar su fe, y echar los cimientos de su Iglesia. Ya hemos visto que habiendo llegado el momento de dejar la tierra, los conduce al monte de los Olivos, les anuncia otras nuevas y sublimes verdades, les añade promesas del mayor consuelo, levanta las manos, los bendice, y se eleva á los cielos, una nube le cubre, y unos ángeles hablan con todos ellos. Todo esto pasó á la vista de todos: todos lo ven, todos lo oyen, todos lo testifican.

¿Pues cómo es posible obscurecer ni dudar de la verdad de este prodigio? Porque el monte estaba á la vista de todos, los testigos son muchos, todos conocen á Jesus, todos reciben las mismas lecciones, todos oyen los mismos discursos, todos escuchan las mismas predicciones, todos ven la misma maravilla y sienten la misma sensacion, todos se regocijan de la gloria de su Maestro y de la esperanza de tener parte en ella, todos dan gracias, y van á juntarse para esperar en el retiro y la oracion el cumplimiento de las promesas. Es

ta reunion de circunstancias y testimonios excluye toda posibilidad de impostura y de ilusion. Así es como los hechos de la Resurreccion y de la Ascension de Jesucristo se sostienen recíprocamente; pero la venida del Espíritu Santo que les siguió tan de cerca, les añade otro nuevo grado de evidencia.—Jesucristo acababa de decir á sus discípulos que se separaba de ellos para subir al cielo; pero que les enviaria al Espíritu Santo; que este los llenaria de una virtud divina, y los transformaria en otros hombres; que les enseñaria toda verdad; que ellos convencerian al mundo de haber cometido un enorme delito, crucificando al que vino para ser su Redentor; que el príncipe de las tinieblas por este delito, de que fué principal autor, seria despojado del imperio tiránico que habia usurpado sobre el género humano, y que el Hijo de Dios desde el seno de su Padre seria mas poderoso para conducirnos á la verdad y á la justicia.

¿Con qué fidelidad, señor, con qué magnificencia justificaron los sucesos la verdad de estos oráculos grandiosos! Los discípulos de Jesucristo, que eran la Iglesia cristiana que entónces empezaba, estaban juntos en una casa, y hacian oracion. Un impetuoso viento se siente repentinamente y la conmueve, aparecen visiblemente lenguas de fuego que se reposan sobre las cabezas de los discípulos. Ve aquí las señales públicas y ex-

teriores de la venida del Espíritu divino, del Espíritu Consolador que les enseñaría toda verdad, y que les había prometido Jesucristo; ve aquí el momento de su efusión interior en aquellos corazones, y el símbolo de su fuerza invencible.

¿Y cuáles fueron sus efectos? Al instante los discípulos no pueden contener el ardor de que se sienten penetrados. Salen de su retiro, se derriban por las calles de Jerusalem, y en presencia de sus habitantes y de la multitud de judíos extranjeros que habían venido á celebrar en el templo la solemnidad del día, increpan á los grandes, y echan en cara á los sabios de la nación haber crucificado á Jesus, que era el Mesías, por quien tanto habían suspirado sus padres. Publican altamente su Resurrección; afirman contestes haberle visto y hablado; explican con fuerza y claridad cuanto habían predicho los profetas de su muerte y de sus ignominias, de sus virtudes y de su gloria, y del imperio eterno que debía ser el fruto de su sacrificio. Los pueblos extraños de tantos y tan diferentes lugares de la tierra los entienden, á pesar de la diversidad de las lenguas; cada uno entiende en la suya lo que dicen estos hombres sencillos, y se llenan de asombro.

¿Y quién ha enseñado tan de repente á los apóstoles tantas lenguas diferentes? ¿Qué perspicacia les hace discernir en medio de tantos idiomas tan súbitamente infusos el que conviene á cada uno,

sin mezclarle ni confundirle con los otros? ¿Cómo hombres criados en la bajeza y la ignorancia, han podido elevarse de golpe á tan alto grado de ilustración é inteligencia? ¿Quién les ha dado el poder de transformar una muchedumbre tan indócil y endurecida en un pueblo nuevo, que se penetra de amor, y se somete á la penitencia?

El hecho es, que su primer discurso convierte tres mil, y el segundo cinco mil. Y no se diga que los apóstoles debieron tan prodigiosos progresos á espíritus dispuestos en su favor, ó que estas conversiones fueron tan superficiales como rápidas; porque los hombres que convirtieron, y que obligaron á adorar á Jesucristo, fueron los mismos que le crucificaron; los que poco ántes no creyeron en Jesus, porque no veían en las Escrituras mas que recompensas temporales, son los que ahora le reconocen por su Mesías y su Dios; los que no ha mucho no sentían otro interés que el de los bienes visibles y presentes, son los que ya van á venderlos para poner su precio á los pies de los apóstoles; en fin, esos judíos tan carnales y groseros, se transforman en ciudadanos del cielo por sus deseos, que no aspiran mas que al logro de los bienes eternos. Ya forman un pueblo de cristianos, que no cuidan mas que de amar á Jesucristo, y de imitarle. *no estabat stand obsequia*

¿Quién puede dejar de reconocer en revolución tan grande y súbita la presencia del Espíritu San-

008230

to y de su operacion omnipotente? ¿Qué mane-
sino la suya podia en un momento producir vir-
tudes tan sublimes, aniquilar el amor propio, trans-
formarle en una caridad pura, ardiente y genero-
sa, reformar los corazones corrompidos, y fun-
dirlos de tal manera en el fuego del amor divino,
que no formen mas que un solo corazon y una so-
la alma? Esto no se puede dudar. Y si es cier-
to que segun la promesa de Jesucristo el divino
Espiritu ha descendido, no puede dejar de ser
cierto que Jesucristo es el Mesías que ha resuci-
tado, y que ahora lleno de vida está sentado á la
derecha de su Padre, ejerciendo el mismo poder,
pues que sin todo esto no hubiera enviado al Espí-
ritu Consolador, autor único de tantas maravillas.

Yo temo, señor, que mis largos discursos mo-
lesten vuestra atencion. Temo que mis repeti-
ciones la fastidien, y con todo no siempre me
atrevo á suprimirlas; porque si algunas no pare-
cen necesarias, á lo ménos podrán ser útiles. Pe-
ro no digo todo lo que pudiera, y por no ser di-
fuso, omito grandes verdades, que pudieran ser
excelentes pruebas. Ayer hablamos del Viejo
Testamento; hoy del Nuevo: ayer empezamos por
la creacion, y llegamos hasta Jesucristo; hoy he-
mos visto á Jesucristo cuando vivia, y le hemos
seguido hasta dejarle en el cielo. No es esto to-
do; aun me queda que deciros mucho. Si me dais
licencia, mañana podemos continuar.

El padre se fué, y yo quedé sin poder alentar
ni tener fuerza para responder una palabra. Ca-
da vez que se iba este padre, me dejaba con un pe-
so que me oprimia el corazon; pero esta vez me
parecia que me habia echado un monte acuestas,
y que no me dejaba respirar. Yo hacia reflexio-
nes por todos lados, procuraba fijar mis ideas, le
escuchaba con toda la desconfianza que natural-
mente me inspiraba un hombre, á quien su edu-
cacion y su estado debian dietar aquellas opinio-
nes; pero no veia como desenredarme de su fuer-
za, ni como cerrar los ojos á su claridad.

Sobre todo, me hacia temblar cuando le mira-
ba probando la divinidad de Jesucristo con razo-
nes, que me parecian convincentes, y que sin ré-
plica me llenaban de un temor espantoso; y decia
en mí mismo; Si Jesucristo es Dios, ¿qué suerte
tan desastrada será la mia? ¿Qué será de Teodo-
ro y de todos los otros amigos? ¡Ay del infeliz
Manuel! Estas ideas me consternaban, me des-
trozaban el alma y me despedazaban el corazon.
En la carta que sigue te contaré lo que me pasó
al otro dia. A Dios, amigo.